

LA

IGLESIA CATOLICA.



BOCETO DE UN POEMA.

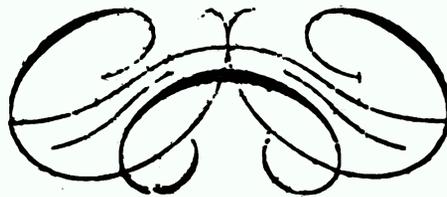
POR

JUAN LEON MERA,

MIEMBRO CORRESPONDIENTE

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.



QUITO.--1874.



IMPRESA DE JUAN CAMPUZANO.

AL ILMO. SR. DOR. DON JOSE IGNACIO ORDOÑEZ,
OBISPO DE RIOBAMBA,
Y AL VENERABLE DEAN DE LA MISMA IGLESIA,
SOR. DOR. DON VICENTE CUESTA,
DEDICO
ESTE BREVE TRABAJO POETICO
COMO MUESTRA
DE AFECTUOSA Y CORDIAL AMISTAD

J. L. M.

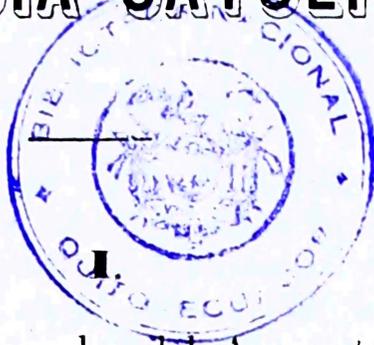


SUMARIO

- I. Invocacion y proposicion.
- II. Estado moral del mundo ántes de Jesucristo.
- III. Esperanzas conservadas en el pueblo de Israel.
- IV. Venida del Mesías. Su gloria en sus milagros.
- V. Sacrificio de Jesus exigido por la Justicia divina.
- VI. La Iglesia nace entre el martirio.
- VII. Primeras predicaciones y conquistas.
- VIII. Poder del demonio. Persecuciones. Las Catacumbas.
- IX. Triunfo de los héroes de Roma. Su vanidad.
- X. Triunfo de la Iglesia contrapuesto al anterior.
- XI. *¡Los dioses se van!*
- XII. La Iglesia en el trono de los Césares. Sus beneficios. Su espíritu &a.
- XIII. Su difusion por todo el mundo. Cómo vino á la América.
- XIV. Nueva guerra contra la Iglesia. Ingratitud de la humanidad. Los propagandistas de la iniquidad.
- XV. La humanidad se precipita á su perdicion, porque no sigue la ley de Dios.
- XVI. Lamentacion de los padecimientos de la Iglesia.
- XVII. Lo que es la justicia de Dios. Plegaria por la Iglesia y por el Papa.

NOTAS.

LA IGLESIA CATOLICA.



¡Oh tú, hija excelsa del Amor eterno,
Del hombre ingrato para el bien nacida!
¡Oh esposa de Jesus, Iglesia santa,
Sin cesar del averno
Por el odioso monstruo combatida!
¡Tú, madre nuestra! tú, de gracias fuente,
En quien hallan las almas dulce vida!
Permite que á tu planta
Postre mi Musa su marchita frente,
Destrozado su cerco de azucenas,
Desgarradas las vestes virginales,
Envuelta en triste velo,
Bañada en llanto y pobre de consuelo;
Permite que á la voz de gemebundo
Enlutado laüd glorias y penas
Tuyas recuerde y dones celestiales
Por tí ofrecidos con largueza al mundo,
Que te los vuelve en redoblados males;
Permite que indignada
Contra el malvado y el inicuo truene,
O que hiriéndose el pecho desolada
De ayes el aire y de plegarias llene.

II.

¡Cuán triste suerte al mundo amenazaba!
Abismo era todo él de inmundos vicios;
En torpe frenesí de las pasiones
Sus númenes forjó; y ¡ay! desbocado
Potro, por sus deidades excitado,
A perdición segura se lanzaba.

El rey del orco infames sacrificios
Así en áureos altares aceptaba;
¡Oh cruel sarcasmo! impías oraciones
Así volaban á él de almas precitas,
Cual de corrupto cieno exhalaciones;
Así del vil pecado las malditas
Manos ¡ay! diligentes entornaban
De la perdida beatitud las puertas,
Y á no abrirlas jamás las condenaban.

III.

Mas no del todo muertas
Vió la prole de Adan sus esperanzas:
Las abrigaba Israel, árbol frondoso
Criado del Señor bajo el amparo,
Y á cuyas ramas el celeste fruto
Se deberá, que al tósigo funesto
Que aniquilara en flor la humana dicha,
Como único remedio, será opuesto.
El grave tiempo en curso perezoso
Trascurrió al fin, y vino el dia claro,
El dia del amor, dia bendito
Que en manso y bondadoso
Padre enseñó trocado
Al que terrible juez volvió el delito
Por la sierpe engendrado.

IV.

Triunfó de los profetas la palabra;
Los misteriosos símbolos pasaron;
Lució en oriente milagrosa estrella,
Y allá en la humilde Nazaret se labra
La ansiada redencion. Las que miraron
Calladas y suspensas el triunfante

Paso del gran Josué, sagradas ondas,
Otra gloria más bella,
Más clara y más excelsa contemplaron; (1)
La vió Genezaret, y la tronante
Tormenta al punto serenóse ante ella;
La vió el monte Tabor en cuya altura
Resplandeció un instante;
La vió Bethania cuando
La tumba, de estupor sobrecogida,
Dejó volver á Lázaro á la vida;
Del amor el prodigio coronando
En la mística cena
La admiraron los doce; en tu recinto,
¡Oh templo! penetró; Sion dichosa,
De justo orgullo y de alegría llena,
De rosas coronada y terebinto,
A encontrarla saliste; ¡oh Palestina,
Tierra de bendicion! ¿qué aldea tuya
No inundó de Jesus la luz divina?

V.

Despues el tiempo llega
Del sublime dolor: ¡Jesus padece!
¡Porque al cielo el mortal se restituya
De la muerte al poder Jesus se entrega!
¡Jesus en lo alto de una cruz perece!....
¡Holocausto divino! de su sangre
Una gota brevísima, invisible,
Vale más que los mundos y los cielos,
Y el abismo á cerrar bastante fuera;
Más del Señor á desarmar el brazo
Fué menester que toda se vertiera.
Su justicia terrible
Como los mundos y los cielos grande
Tambien es: los anhelos
De mil justos la hallaron inflexible;
Y cual onda de mar sobre una roca

Granítica va y viene
Sin que la mueva, melle ni la ablande.
Así corrió perenne
Por cuarenta centurias raudal rojo
Y humeante de sangre expiatoria
De hecatombes sin cuento,
Sin atenuar de Jehová el enojo. (2)

Inmenso sacrificio á inmenso agravio
Preciso fué; de un Dios á la justicia
El martirio de un Dios; al ardimiento
De la infernal malicia,
De divinal amor todo un tesoro;
Al que entónces llamóse mundo sabio,
El que supo verter divino labio
De luz eterna manantial sonoro.

VI.

Tal fué ¡oh Iglesia! tu admirable cuna;
Te arrulló de los ángeles el canto;
Te cecaron pañosas maravillas;
De verdad te nutriste; á tu crianza
De las virtudes no faltó ninguna;
Las alas de Amor santo
Dulce sombra te dieron,
Y tu angélica frente las maneillas
De la humana flaqueza no ofendieron.

Ma fuerza vencedora no se alcanza
Sin prueba de dolor; ¡ay! no sin muerte
El camino del triunfo y de la gloria
Te fué dado encontrar: así te viste
Del martirio á los golpes quebrantada,
Antes que sabia y fuerte
A los absortos siglos te mostrases;
Así el suplicio atroz fué tu victoria;
Y en sangre allá en el Gólgota bañada,

Tiernas miradas y amorosos brazos
Sobre todos los pueblos extendiste,
Y para unirlos en el bien, los lazos
De fe y de caridad apercibiste. (3)

VII.

Desde la cima del bendito monte
Entonce á la palestra descendiendo,
Que no de la Judea el horizonte
Estrecho limitaba, en tenaz lucha
Fuiste el error y el vicio persiguiendo.

Bandadas son de cándidas palomas
Con corazones de águilas tus huestes;
Su espada es la humildad, la fe su escudo.
Con ellas en la lid vences ó domas
A fieros monstruos de la tierra dueños,
Cuyo aliento es letal más que las pestes,
Y cuyo férreo cetro, bronco y rudo
Solo forjarse pudo
De Satanás en las ocultas fraguas.

Grecia que á los ensueños
Del voluptuoso paganismo uniera,
En extraño consorcio, de la insania
Vulgar lo baladí y el noble culto
De alta sabiduría; la guerrera
Favorita de Marte y la Fortuna,
Soberbia Roma, que con dura mano
Postró la tierra al pie del Capitolio;
Y la Iberia, y la Galia y la Germania,
Do sobre agreste solio
A heróico brio el salvajismo se auna;
Y las brunosas islas del britano,
Rey de los mares poderoso y fiero....(4)
Todas sienten tus pasos, todas miran,
Santa conquistadora sin acero,

Suelta flotar al aire tu bandera
De amor y de salud, y oyen tus voces
Que sin cesar conspiran
Contra los de la carne impuros goces,
Y á restaurar con penitencia amarga
De Eden la dicha que el pecado embarga.

VIII.

Pero ¡ah! con qué fiereza las legiones
Del tentador de la inocencia lidian!
¡Qué astucia, qué constancia, cuánto arbitrio!
Dan cebo á las pasiones,
En toda parte incidian,
Suyos los cetros son, las armas, tuyas;
Si no arrastran consigo á las naciones,
Para atajar tus pasos, las dimidian.
Tú no cejas: contigo
De Dios está el espíritu; arrastrada
Diez veces al tormento y á la muerte,
Ve brotar con espanto el enemigo
De cada gota de tu sangre un héroe
O un sabio á defenderte. (5)
Cuando sobre la tierra
No te deja ni un palmo la impía guerra
Donde puedas sentar la augusta planta,
Son tu albergue real las catacumbas,
Cuya medrosa sombra no te espanta,
Y tus ricos altares son las tumbas.

IX.

Tuyo el triunfo es en tanto. ¡Ah cuán sublime
Manera de triunfar! . . . —Miro al romano
Victorioso adalid que las colinas,
De la eterna ciudad eterno asiento,

Al fragor estremece de su entrada.
El pueblo rey ufano
A grandes voces su entusiasmo exprime,
Y las prendas divinas
Del vencedor pregona. ¡Oh cuánta pompa!
¡Cuánta magnificencia! ¿El soberano
De los dioses á Roma ha descendido?
¿Qué tempestad de gloria así la oprime?
Hierva en la Sacra via y en el Foro
Inmensa multitud; oigo el crugido
De millares de carros que el tesoro
Llevan que fué del infeliz vencido;
Escucho las pisadas
De enormes bestias al lejano clima
Del África y del Asia arrebatadas,
Bajo de mil trofeos fatigadas;
De estraños pueblos multitud profusa
De armas, banderas y coronas veo
En revuelto aluvion; cerviz y manos
Cargadas de cadenas, abatida
La egregia frente, y trémula, confusa,
Como al suplicio al acercarse el reo,
Del triunfador al áureo carro miro
Prole de reyes con infamia uncida.
Símbolo de poder, entre las haces
Alzadas van de modo
Las invencibles águilas, que audaces
Solas parecen dominarlo todo. (6)

Mas ¡ah! ¿de qué me admiro?
¡Poder, grandeza, gloria de un momento!
Dió el tiempo un breve giro;
Ya nada sois: pasásteis como el viento!

X.

No así tú, ¡oh heroína
De la fe y el amor! no así triunfas

Tú que haces del dolor dicha que anhela
El alma generosa! La ferina
Sed de sangre del cruel anfiteatro
Que asordó el pueblo con salvaje grito,
Pasó ya; la mazmorra tenebrosa,
La cineraria fria catacumba
Al fin desiertas yacen; del maldito
Rencor, de la mentira y su gemela
La calumnia infernal, ya no retumba
El eco vil en la ciudad famosa. (7)

Brilla, aun fresca, en tu manto
Salpicada la sangre de tus hijos,
Y en tus ojos dulcísimos el llanto;
Luz del alba tras noche tormentosa,
Tu amorosa sonrisa
Asuma acompañada del sollozo;
No son tus regocijos
Del hombre iluso á la locura iguales:
Siempre es de la virtud tranquilo el gozo,
Cual entre flores inocente brisa.

No rueda con estrépito tu carro
Ni van atados á él esclavos reyes,
Que tú eres salvacion de los mortales
Y son de caridad todas tus leyes;
Por insignias reales
Lleva espinas tu frente y cruz tu diestra;
Cadenas tus trofeos, fieros garfios,
Cortantes hierros, férvidas calderas,
Toros de bronce son, y hambrientas fieras.
Tu séquito, ¡qué inmensa muchedumbre
De miserable gente!(8)
Sí, para el necio mundo, miserable!
Allí los pobres van que tú alimentas;
Allí las tristes viudas,
Cuya honda pesadumbre
Se hace en tu blando seno soportable;
Allí las castas vírgenes á quienes
Contra la artera seducción alientas;

Allí los tiernos niños que á las rudas
Manos de la orfandad robar pudiste;
Allí las penitentes Magdalenas,
Para las cuales tienes
Las arcas de los bienes,
Esperanza y consuelo, siempre llenas;
Allí los que la triste
Escarcha de los años abrumara,
Para quienes apoyo siempre fuiste
Y viva luz que el porvenir aclara; (9)
Las víctimas allí de las dolencias,
A quienes das salud al dar consuelo.
También tras tí los mártires proceden
Que resistir á bárbaras violencias
Les hubo dado el cielo,
Y arrebataron, sin morir, las palmas;
Y proceden los sabios
Cuyas austeras almas
Prendáronse de tí, y á cuyos labios
Elocuencia prestaste vencedora.

En vez del ave del Tonante amada,
De las armas del Lacio fiero orgullo,
A los aires alzada
La enseña va del grande Constantino,
La enseña de los pueblos redentora.

XI.

Ese es tu triunfo. así al Capitolino
Monte diriges tu seguro paso.
Nueva luz el latino
Aneho cielo colora;
El astro de la fábula en su ocaso
Húndese á no volver, y á sus reflejos
Pálidos é indecisos,
Del confuso horizonte allá á lo léjos,
Sueltas en desconcierto crencha y ropa.

Y al volar despidiendo estraños visos,
Mírase huir la desbandada tropa
De asustados fantasmas: ¡son los dioses,
Los dioses que se van! No con más raudo
Vuelo se alejan pájaros que asusta
Subitánea explosion.

¿Qué sordo ruido
Se oye en tanto sonar por todas partes?
¿Qué en nueva ira reboses,
Vesubio ardiente, el cielo ha consentido?
¿Que otra vez destrozar ciudades oses?
¡Ah, no! los que solícitas las artes
A pasiones y vicios erigieron
Suntuosos altares se derrumban!
Y el portento que vieron
De la idólatra Azot los torpes hijos, (10)
¡Oh Iglesia! á tu contacto se repite:
De su alto pedestal los simulacros
De los númenes ruedan,
Y al caer con són trémulo retumban
Al rudo choque los recintos sacros,
Conmovidas sus basas y arquitrabes;
Són que los ecos lúgubres remedan
En las desiertas silenciosas naves. (11)

XII.

Ya estás ¡oh de las almas soberana!
Ya estás bajo el dosel que prestó sombra
A la soberbia majestad romana,
Que hasta en su error y su caída asombra.
Ya estás allí. Por siglos sin guarismo
Vivirá tu poder, pésele al ángel
Enemigo del bien, rey del abismo,
Y pésele al protervo infame bando
Que turba el mundo contra tí luchando.
Ya estás allí; mas nunca tu mirada
La tierra abarcará desde esa altura



Buscando ansiosa, á esclavizar, naciones;
No tronará jamás tu voz airada
Nobles ciudades condenando á muerte,
Para al mundo enseñar su desventura,
Satisfecha exclamando: ¡Esta es mi hechura!
No tenderás tu cetro
Para torcer el rumbo á la justicia,
De la inocencia contrariar la suerte,
Y abrir cauce expedito á la malicia.
Que si cadenas forjas, del divino,
Del adorable Amor son las cadenas
Que el redimido mundo al cielo ligán;
Y si indignada truenas,
Contra el error y la maldad es solo
Que á Dios su rayo á disparar obligan;
Y si tu cetro tiendes y señalas
La terrestre extension de polo á polo,
Es para hacer brotar mares de bienes
Donde el vicio letal cernió sus alas,
Donde la diestra humana sembró estrago.

¡Ah, cuál te agrada las soberbias sienes
De lauros desnudar! ¡Ah, cuál te place
A quien del Verbo Dios sigue las huellas
Rodéarle de aureola luminosa!
Tu amor no brinda predilecto halago
A quien goza favores de fortuna;
Ante tu ley humanidad es una;
En fraternal enlace
Juntas la altiva Roma con Cartago;
En tu materno seno,
Donde mueren rencores y querellas,
Abrigo prestas á Camilo y Breno;
El que á la hija de Rómulo gloriosa (12)
Hendió la frente, bárbaro terrible,
Ya leon domesticado
Al suave tacto de tus manos bellas,
Rinde á tus pies la clava ponderosa,
Y á su cabaña vuelve en apacible
Apóstol evangélico trocado

Y allá vas tú con él. Palabra, ejemplo,
Caridad, sacrificio. . . . ¡qué no empleas
Del nuevo campo en la labor prolija!
Ya del torvo Irmínsul el bosque es templo (13)
Donde el Dios de la Cruz su trono fija;
Son ciudades las rústicas aldeas;
No hay más sangriento drúida; no hay costumbre
Brutal del hombre indigna; ya las leyes
Sinónimo no son de servidumbre,
Ni de feroces déspotas los reyes.
De la virtud el oloroso aceite
Del pueblo ha ungido el corazón: la llama
Vivificante abrásale de afectos
Que ántes no conociera, don del ciclo;
De inefable deleite
Al tesoro infinito el alma elevas;
Libre la inteligencia
Tiende el seguro vuelo
A las regiones que tú le abres nuevas,
Donde de luz en piélagos discurre,
Sondea y mide su poder, proelama
Su origen divinal, y en rica afluencia
Cual sobre áridos campos bienhechoras
Lluvias vierten las nubes, tal derrama
Ideas sobre el mundo ilustradoras.

De la humana sapiencia
Amiga fiel, si á tu favor se arrima,
Con tu esplendor le auxilias generosa
Que en su difícil vía le acompaña:
Con él penetra en la profunda cima
Donde duermen los siglos que pasaron,
Y el oscuro secreto desentraña
De la suerte del hombre lastimosa: (14)
Sabe por qué en su ser se amalgamaron
La pura, excelsa condicion del ángel
Y la mezquina y vil del torpe bruto:
¡Tanta gracia y poder, tanta miseria!
Por qué sumisa el alma á la materia
Rinde diario tributo;

Por qué el destino adverso
A la virtud persigue y acongoja,
E impera el vicio á veces absoluto;
Por qué igualmente al santo y al perverso
Del don de la existencia se despoja.

Sublime, universal filosofía
Halla la humanidad en tu enseñanza:
La da inmutable fe por sabio guía,
Amor por fortaleza, por consuelo,
Suspensa como el sol allá en el cielo,
De perdurable bien grata esperanza.

Y como el ser cuitado
Del bello Eden proscrito
Ha menester siquiera remembranza
De las delicias que arrasó el delito,
El Señor apiadado
Alentó sobre el hombre y creó al genio.
¡El alma genio fué! por él las artes,
Que reflexan perdidas maravillas,
A recrear el mundo aparecieron
Y hacer sobre otras cavilar la mente;
Sobre otras, sí ¡gran Dios! que allá do brillas
En plena majestad, en tu esplendente
Áureo Olimpo, tus manos exparcieron.
Por eso, ¡oh Iglesia! de las artes bellas
Eres fiel protectora: (15)
A tí las atrajiste, y las que en ellas
De voluptuosidad corrompedora
Grabó profundas huellas
El paganismo vano,
Tu labio condenó, borró tu mano.
Así purificadas, á la idea,
Origen de su ser, correspondieron;
Hoy tu espíritu en ellas centellea,
Y ya no solo al material sentido
Poderosas sojuzgan,
Pues sobre el alma extienden sus victorias.

Mas sabia y generosa ¡ah cómo sabes
Aun del mundo gentil salvar las glorias!
Sin tí del tiempo y del oscuro olvido
Entre las nieblas graves
Del antiguo saber el pensamiento
Yacería perdido,
Y los partos del genio y las historias,
Hoy de estudios profundos alimento.

XIII.

Si á detener el curso poderoso
Del soberbio Amazonas las andinas
Moles su p trea espalda interpusieran,
¡Oh cómo las selváticas regiones
Inmensas que recorre majestuoso
De un grande mar profundo lecho fueran!
Mas rotas y deshechas en ruinas
Rodarian al cabo sus prisiones;
O por cima saltando,
Oceano formidable, sobre el grande
Oceano se lanzara, no cual siervo
Que al potente señor lleva temblando
Del vasallaje los humildes dones,
Sino cual rey que su poder expande
Su gloria al universo pregonando.

Así el clásico mundo
Desde el hircano mar al mar de Atlante, (16)
Desde el Nilo fecundo
A las címbricas ondas,
Llenas divina Iglesia: ya pujante
Hierves, rebotas; ya las agrias cumbres
De las montañas salvas; ya los diques
Que alzó natura, y los muy más robustos
De seculares bárbaras costumbres
Abátense á tus pasos, y tú abundas
A los pueblos é imperios que dominas

De misterios augustos
Y de santas benéficas doctrinas.

Al inductrioso chino
Y al sabio hijo de Brahma
Alcanzaron las ondas de tu cielo, (17)
Y al que al polo vecino
Vive en hogar de nieblas y de hielo,
Como al que tuesta la febea llama
Allá en el cafre inhospitable suelo.

Un hijo tuyo, el genovés marino,
Hizo un mundo surgir de entre las olas,
Y al abrigo de enseñas españolas
Ese mundo magnífico invadiste,
E imperio tuyo fué. ¡Oh Iglesia, oh Iglesia!
¡Si vencieras tú sola!... Más ¡silencio!
De la conquista cruel la historia triste
Cambia por tí de faz. Yo reverencio
Humilde, ¡oh madre nuestra!
Reverencio tu diestra
Que del indio infeliz enjugó el llanto,
Que su dolor bendijo y su desgracia,
Y á protegerle desplegó tu manto
Contra el crimen atroz y la falacia.

Y no del tiempo la tenaz fäena
Que todo bajo el sol lo cambia ó mata
Tu esencia altera, no: que son los siglos
De la eterna verdad expositores,
Y eres tú la verdad. Con faz serena
Y ánimo firme escuchas cual se evocan,
Miras cual se arrebatan
Con violencia y furor aterradores
El uno al otro, y todos se derrocan,
Como titanes entre sí enlazados,
De eternidad al insondable abismo.

XIV.

¿Y hoy á bien tanto el mundo
Con odio, y guerra y muerte corresponde?
¡Torna Satan, cual nunca furibundo,
Contra tí á la pelea! ¿Dónde, dónde
Diligente no excita
El vicio y el error? Su arte maldita
Mueve á la humanidad, en cuyo pecho,
Do la serpiente del Eden se esconde,
Agoniza la fe, triunfa la duda.
¡Oh loca humanidad, si no perversa!
¡Corre! vuela! ya el trecho
Que te separa del aberno es breve.
¡Avanza! avanza, que Luzbel te ayuda!
No asome á detenerte mano adversa,
Que allá tu dicha coronarse debe.
Tu dicha, sí: ¿tu anhelo no es buscarla
Léjos de la virtud que te es odiosa?
Pues Luzbel te la dé: ¡vete á gozarla!
Tú que te has hecho de tí misma diosa;
Tú que repudias con desden el alma;
Tú que á la ruin arcilla das la palma;
Tú que hundida entre sombras buscas muerte
Ántes que en luz bañada eterna vida,
¡Pobre loca del mundo! ¡ay pobre loca!
No sé á qué, vive Dios, la negra suerte
A que te precipitas aturdida,
No sé á qué me provoca:
¿Lástima?...¿indignacion?...¿desprecio?...; Ah! calla!
¡Silencio, lengua mia!
¿Qué hablé? ¿qué lava ímpia
Se derramó del corazon? ¡Perdona!
¡Perdona, Iglesia santa,
Señora, madre, celestial matrona!
¡Ay, piedad! ¡ay, piedad! que el alma se halla
De dolor oprimida,
Y á veces el dolor cual ira estalla!

Cuitada víctima es más que culpable
De Adan la descendencia:
No áspero escarnio, compasion merece.
Cual se rebulle monstruo abominable
En el fondo de un lago,
Y por turbar su limpia transparencia
El negro fango de continuo mece,
Así para infortunio y fiero estrago
De la humana familia
El réprobo querub se agita entre ella.
Y siempre háse agitado, y siempre adeptos
Por todas partes halla
A quienes, como á suyos, cuenta y filia,
En el fuego infernal los enardece
Y divulgar les manda sus preceptos.

Tú á quien la obra seguir de libertarla
Confió tu amante Cristo,
Desde tu infancia, oh Iglesia, los has visto
En perseguirte inicuos nada tardos:
Si se alzó contra tí la tiranía
Con aceros y teas,
Ellos para matarte hicieron dardos
De las falsas ideas;
Y surgió multiforme la herejía,
Y la impiedad nació (18). Tú las segaste;
Pero como en los campos la maleza,
Renacer insolentes las miraste.

Un error á otro error, una impostura
Ímpia á otra impostura, un crimen á otro,
Una infamia á otra infamia, siglo á siglo,
Año tras año, ¡oh Dios! cómo se copian!
¡Cuál raudos se suceden, y en grandeza
Satánica se vencen, la cabeza
De entrelazadas víboras crestada,
Sangre en las manos, sangre en la mirada,
Dentro en el corazon rabia y lascibia,
Sin que baste la astucia á disfrazarlos!
De repugnantes monstruos raza anfibia,

Visten á veces monacal cogulla; (19)
De los graves filósofos el porte
Usurpan otras, del bufon la pulla
Ruín disparan contra el cielo; en negro
Traje y en ademan ceremonioso,
Silla eminente ocupan en la corte;
O cetro empuñan y laureles ciñen;
O bien en *pandemonium* misterioso,
Como los buhos á la luz adversos,
Baten sus alas y el veneno esparcen;
O abusando sagaces y perversos
De la invencion que á Guttemberg da gloria,
Del globo todo á los confines llevan
La muerte en su palabra proditoria,
Y en cuanto hay puro, y venerable y santo
Con voraz ira y sórdidos se ceban.

XV.

¿Dó va, dó va la humanidad, ¡oh cielos!
Fascinada cual débil pajarillo
En quien la ígnea mirada
Con maligno teson fija el autillo?
¿Dónde, vendada con malditos velos,
Corre desatentada?
¡Ay cómo, cómo al verla,
Madre de amor con todos tus anhelos
Le sales al camino á detenerla!
Mas ella ¡oh ingratitud! cómo te paga!
Te escupe, burla, insulta, abofetea,
Abre en tu corazon llaga tras llaga,
Te rompe el cetro, te desgarrá el manto,
Y con nuevo furor corriendo sigue!
¿Dó va como ave que el alcon persigue
De cerca, y el espanto,
La desesperacion agita su ala
Y á par su pecho? ¿Dó cual poseída
Va que huye inquieta del conjuro santo?

¿Dó va cual flecha rápida, cual bala
De la violenta pólvora impelida?
Va donde iba otro tiempo (20): el paganismo
Los brazos abre á recibirla; en ellos
Al fin caerá. . . . ¡cuán pronto! De esos brazos
Resbalará despues al negro abismo,
Rodará hasta su fondo hecha pedazos.
Cuando del mal en la pendiente horrenda
Quien el bien no conoce se desploma,
Ménos perdido va, que quien la senda
Del conocido bien abandonando,
¡Ay! la de perdicion insano toma!

Solo de Dios la libertad emana;
El hombre es todo esclavitud. La fuente
De la ventura humana
De las manos de Dios está manando
En rica y dulce vena eternamente;
El hombre, pozo de miseria, vive
En lágrimas acervas rebosando.
Dios es la libertad, Dios es la dicha,
¡Y el hombre en su soberbia á Dios persigue!
Desdichado que esto haces, ¿qué te espera?—
A quien maldice del febeo rayo
Y los ojos se arranca, otra lumbrera
Mas vívida anhelando, ¿qué le aguarda?
A quien, en torpe ensayo,
Para encunbrarse á la eternal ventura
De las alas se fia
De Luzbel, ¿qué le aguarda? Y ese loco,
Ese eres tú, mortal, y á tu locura
Llamas, ¡qué insensatez! filosofía.

XVI.

¡Bendita Iglesia, universal Señora,
En quien, atento á la ventura nuestra,
El almo Padre que en el cielo mora

Los eternals bienes atesora!
Su omnipotente diestra
Fabricó de tu trono los cimicentos
De oro fino y diamante aquilatado,
Y le dió mas firmeza
Que á roca inquebrantable á los violentos
Embates del océano agitado;
¡Jamás caerá, jamás! á la fiereza
Del enemigo averno
Tanto poder no concedió el Eterno.

Mas ¡ay! del hombre la protervia inicua
Ha despertado el vengador enojo
Que de Jehová en el seno
Adurmiera la Víctima proficua
A quien á ser misérrimo despojo
De eterna muerte se arrastraba él mismo;
Y sobre tí de lleno
Se derrama ese enojo ¡ay! porque penas
Por tí sufridas ahondan el abismo
Donde sumirse el delincuente debe
Como la piedra que á la mar se arroja.

¡Oh cómo tus entrañas están llenas
De roedora amargura!
¡Oh cómo nubla la mortal congoja
De tu faz la hermosura!
¡Oh cómo surca el rio de tu llanto
Tu pálida mejilla!
¡Oh cómo abandonada á tu quebranto
Del oceano en la orilla,
Gimes y clamas y los brazos tiendes
Por calmar la ira de la mar y el cielo,
Y del trágico fin ver si defiendes
Del humano destino el barquichuelo!

No de Agar el dolor cuando moria
Su Ismael en el desierto,
Ni el que sintió la Sunamiti pia
Cuando á su hijo vió muerto, (21)

No se compare al tuyo, ¡oh madre, oh madre!
Que el tuyo es sin segundo,
Cuando ves que huye tu regazo y busca
Su ruina ciego el mundo.

¿Dónde están las naciones que su vida
Débente, y su poder, gloria y riqueza?
¿Dónde están los monarcas y guerreros
Que en tu virtud hallaban su grandeza?

¡Ay! cómo van el pueblo y el monarca
Y el guerrero pasando,
Furiosos de sus frentes la honda marca
De la cruz restregando!

¡Cómo al paso arrebatan en girones
Tu hermoso manto regio,
Y de infames pesados eslabones
Cargan tu cuello egregio!
Llamas sus lenguas son de las hogueras
Que las manos diabólicas atizan,
Y con ellas abrasan la honra tuya
Y tu espíritu á un tiempo martirizan.

¿Y todos de ser tuyos sonrojados
Te abandonan ó ultrajan?

¿Y á quién te hiere más, alborozados
Aplauden y agasajan?

¿Sola estás, madre mia, en el suplicio?
Ni un hijo tuyo queda

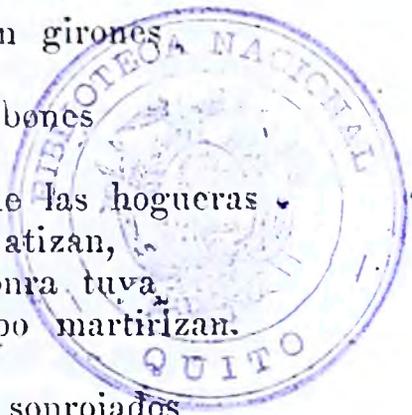
Que, nuevo Juan, al fiero sacrificio
Estar presente pueda?

Hay uno, solo hay uno. . . . ¡Ah! lo conoces!
De la fe primitiva

Arde en su mano la sagrada antorcha
Inextinguible y viva.

Desde las cumbres de los canos Andes
Tiene vuelta hácia tí la jóven frente. (22)

Los ricos poderosos y los grandes
Con desden le contemplan insolente,
O en destempladas frases le zahieren;
Mas él ve tu dolor, oye tu queja,
De sus hermanos la impiedad deplora.



Y aunque ni acero ni cañon maneja,
Cumple con su deber: ¡se postra y ora!

XVII.

¡Cuán terrible es tu cólera, Dios justo!
¿Qué espíritu no tiembla? ¿quién resiste?
Cruge al sonar tu voz tu solio augusto,
Palidecen turbadas las estrellas,
Gime la creación. . . . ¿Dónde pudiste
Ocultarte, mortal? Tú solo fuiste
Incitador de la justicia santa,
¡Tú, siervo del pecado!
Y ella te ha devorado
Como una hilacha el fuego. ¡Oh Dios, Dios santo!
¡Cuán terrible es tu cólera! Los siglos
Al pasar barrederos por el mundo
No han borrado sus huellas.
Cataratas y mares te obedecen,
Parte á tu voz el rayo furibundo,
Brama el diluvio, y la maldad se ahoga.
En desatada lluvia de centellas
Tu venganza descende y las nefandas
Ciudades desaparecen.

¡Cuán terrible es tu cólera! Hoy empero
Más atroz que solia se desfoga:
¡No es comparable el fiero
Cataclismo, Señor, al abandono
A que condenas al culpable humano!
¡Dejarle presa de su propio encono!
Confiar solo á su mano,
Para el mal expedita, su destino!
¡No ves cómo frenético ataraza
La enseña que redime y da decoro?
¡No ves cuál despedaza
La santa escala de oro
De tu alcázar divino,

Y abre á la perdicion ancho camino?
¿No ves, no ves con qué ira
De la verdad blasfema,
Y en los brazos morir de la mentira
Es su gran pensamiento y noble tema?
¿Y hubo castigo más atroz? ¡Ah, nunca!....

Pero ¿hasta cuándo, oh Dios, ¡ay! hasta cuándo
Harás ostentacion de tu justicia?
¿Tu santa indignacion se irá aumentando,
Y no tu diestra tenderás propicia
A salvar á tu Iglesia y á salvarnos?
¿Juraste, por ventura, aniquilarnos
Para dejar tu enojo satisfecho?
¿Que eres padre te olvidas? ¿Ya no cabe
Que el mundo haya salud? ¿Ya tu clemencia
No hará más los portentos que hacer supo,
Y aprisionada en tu irritado pecho
La tendrá del rigor la dura llave?

¡Cálmate, pues, Señor! misericordia
Ten de tus infelices criaturas.
Refrena, que es ya tiempo, la insolencia
De la impiedad maldita.
¡Misericordia, oh Dios! Las ataduras
Que las sujeta de Satan al carro
Tu benéfica diestra despedace.
No mas esclava del caduco barro
Yazga el alma infinita,
En buscar infortunios pertinace.
Si es grande tu justicia, si es terrible,
¿No es inmenso tu amor? ¡Tu amor que vela
De tus divinas manos por la hechura,
Atento á la plegaria irresistible
Que sin cesar desde el Calvario vuela
De tu sublime trono hasta la altura!
¿Sabe, Señor, la humanidad lo que hace?
Hoy que contra tu Cristo se revela
¿No al ciego pueblo imita
Que le arrastró al suplicio,

Y para quien perdon te demandaba? (23)
¡Piedad! piedad! La Víctima subsiste
Aun sangre en nuestras aras gotéando,
La Víctima bendita
Que así por sus verdugos te rogaba!

Descienda tu anhelado beneficio
Cual abundante lluvia, y de la tierra
La iniquidad que te ha ofendido lava.
Abate, oh Dios! aterra
Del infierno el poder: cese su guerra,
Y la hija de tu amor, la Iglesia santa,
Libre y en paz respire.
Y á tu gran siervo, el invencible Pio,
Cuya firmeza en defenderla es tanta,
Que no hay humano brio
Que á dominarle poderoso aspire,
Sin que se estrelle mísero á su planta;
A tu siervo, holocausto permanente
Que del dolor las brasas atormentan,
Y en vez de consumirle
¡Oh prodigio! sus fuerzas alimentan,
Y hácenle erguir con mas vigor la frente;
Liberta, salva, ¡oh Dios! ¡Fin á su dura
Terrible prueba! El sol del Vaticano
Resplandezca sin nube que le estorbe;
A su luz viva y pura
Crezca el pueblo cristiano,
Y cubra, mar sin límites, el orbe.
Apresura, Señor, el dia ansiado
De tus misericordias; apresura
De la Iglesia el sublime magisterio
Universal; sobre las negras ruinas
Del trono del pecado,
De la Verdad y la Virtud divinas
Perdurable firmeza da al imperio.

Ambato, mayo, 1874.

NOTAS.

(1) Página 3.

.....Las que miraron
Calladas y suspensas el triunfante
Paso del gran Josué, sagradas ondas
Otra gloria más bella,
Más clara y más excelsa contemplaron.

Jesus fué bautizado por San Juan Bautista, y descendió sobre él el Espíritu Santo, en el mismo lugar por donde pasaron los Israelitas el Jordan bajo el mando de Josué. En memoria de haberse suspendido milagrosamente las ondas del río para el tránsito del pueblo de Dios, ese lugar se llamó *Bethabara*, y Jesué mandó levantar en las inmediaciones un monumento con las piedras que se sacaron del fondo del álbeo. Este monumento se conservaba todavía á principios del siglo V, según el testimonio de san Jerónimo. Véase el *Libro de Josué*, cap. III y IV. En cuanto á la aparición del Espíritu Santo en el bautismo de nuestro Señor, todos los Evangelistas están conformes. Los demás milagros referidos en el texto del poema parece que no necesitan explicación.

(2) Pág. 4.

Sin atenuar de Jehová el enojo.

Los sacrificios que los antiguos justos hacían á Dios desarmaban su cólera y le volvían propicio; de estos ejemplos está llena la Sagrada Escritura; mas no alcanzaban á borrar la culpa original, y el cielo permanecía cerrado hasta para esos mismos justos. El Señor, en sus inexcrutables designios, había dispuesto que su justicia no sería satisfecha sino con la inmola- ción de su propio divino Hijo. El hombre que cerró el Paraíso con su desobediencia, quedó inhábil para abrirlo, por más que hiciese grandes esfuerzos de virtud: las esposas del pecado le sujetaban las manos, y fué preciso que Jesucristo viniese á libertarle y á franquearle las puertas de la bienaventuranza.

- (3) Pág. 5: Tiernas miradas y amorosos brazos
Sobre todos los pueblos extendiste,
Y para unirlos en el bien, los lazos
De fe y de caridad apercibiste.

Las virtudes que tanto bien han hecho al mundo moderno eran desconocidas del antiguo. La historia pinta las costumbres de aquellos tiempos con los más negros colores: la depravacion que las dominaba y corroía era espantosa. Las religiones, en vez de morigerarlas, tendian á favorecer el desarrollo de la gangrena halagando y fomentando todas las pasiones materiales. Por otra parte, de lo falso, ó de la expresion de la mentira en cualquier sentido que sea, nunca resulta bien ninguno; y sentimiento, ideas, principios, tendencias, aspiraciones, todo era falso en el politeismo difundido entónces en el mundo. Para que este se salvase era, pues, menester la aparicion de la verdad en toda su pureza confirmada por el sacrificio mas meritorio: la verdad que ilumina, fortalece y guia; el sacrificio que satisface la justicia eterna, que impetra la gracia, que rehabilita el alma. Y Jesus trajo la verdad, porque solo éi, como Dios, la poseía en todo su esplendor y pureza, en toda su fuerza y fecundidad. Y Jesus se sacrificó para dar testimonio de ella, porque solo un corazon divino podia haber poseido el amor infinito, la virtud típica y sobrenatural, la abnegacion inmensa y absoluta que requeria ese testimonio. Hijas de esa verdad y de ese sacrificio, ó mas bien, hijas del Hombre-Dios son, pues, la fe, la caridad, la esperanza, el amor á la pobreza y humildad, la castidad angélica, el heroismo de la abnegacion, y todas aquellas inestimables joyas del espíritu que se llaman virtudes cristianas, y que han causado en la humanidad la benéfica resolucion que la ha traído al punto de civilizacion en que hoy se halla. No podemos resistir á la tentacion de poner á continuacion, vertido al castellano, un breve trozo de la introduccion de M. de Genoude á la *Razon del Cristianismo*.

"La civilizacion de Europa es obra del cristianismo. En efecto, los trabajos de los san Pablos, san Agustines, Orígenes, Crisóstomos, Atanasios &a, son los que, demostrando la armonía de los hechos del Antiguo Testamento, estableciendo las relaciones de la creacion del hombre y de su caida con la redencion, de la mision y los padecimientos y muerte de Jesucristo con la moral que ha venido á revelar al mundo; deduciendo las consecuencias de aquellos hechos y de esta moral en su aplicacion á la vida social, á la vida de familia y á la vida íntima, han levantado todo el edificio de la Razon de los pueblos cristianos, han coordinado todas las ideas de derecho y de deber; ideas que la tradicion ha perpetuado despues, que los jurisconsultos y los moralistas han desenvuelto, y que han llegado á ser reglas de conducta de gobiernos y pueblos. Así, el derecho de gentes, el derecho político, el derecho civil, los

deberes de rey, de súbito, de padre, de hijo, de ciudadano, de amo y de criado, tienen su origen y definición en esta filosofía cristiana. Si fuese necesario probar que la razón natural y las nociones transmitidas por la antigüedad profana no podían haber producido la civilización moderna, bastaría demostrar que uno de los más grandes ingenios de Grecia, Aristóteles, ha escrito que había en la especie humana razas predestinadas á la esclavitud; recordar que las leyes de Lacedemonia autorizaban el robo, que los romanos miraban como un derecho el reducir los demás pueblos á servidumbre, y aun destruirlos; que sus leyes penales contenían frecuentes exenciones en favor de los que poseían riquezas y crédito; y, tomando solo un ejemplo de las naciones asiáticas, que Confucio, cuya moral háse hallado tan bella que frecuentemente se la ha comparado con la de Jesucristo, obligaba á mirar con odio á muchas clases de gente, de las cuales da una larga lista:"

[4] Pág. 5. Jesucristo había dicho á sus apóstoles: "Id y enseñad á todas las naciones," y cumpliendo este precepto, y ayudados por numerosos compañeros atraídos por ellos á la fe, hicieron progresos tanto más asombrosos, cuanto fueron alcanzados en medio de las crueles persecuciones de tres siglos. Después de propagado el cristianismo en Judea y Samaria, casi simultáneamente fué predicado en los demás puntos de Asia, y pasó al Africa y Europa. San Matías lo llevó á Egipto, y san Pedro y san Pablo á Grecia é Italia. Santiago el mayor se cree que lo introdujo en la península ibérica. En el siglo II se contaban ya algunas iglesias en las Galias, y parece que á fines del mismo no era desconocida la nueva creencia en las islas británicas. San Justino, que escribía á mediados de dicho siglo, se lisonjea de que en ese tiempo el Evangelio había sido predicado ya en todo el mundo. No obstante lo milagroso de la propagación de que acabamos de hablar, se ha censurado la exageración del aserto del santo filósofo. Y en verdad, después de la paz de la Iglesia y de su afianzamiento en Roma, le quedó mucho que conquistar, y desde el siglo IV para delante, ha venido haciendo los progresos de que trata el poema un poco más adelante [XIII]. Nadie ignora, con efecto, que á la América trajeron la fe los españoles y portugueses en el primer tercio del siglo XVI, y que muy poco después la anunció á la India oriental san Francisco Javier.

[5] Pág. 6. Ve brotar con espanto el enemigo
De cada gota de tu sangre un héroe
O un sabio á defenderte.

Tertuliano había hablado en su *Apologético* de la fecun-

didad de la sangre de los mártires, para producir mártires, y M. Genoude, imitándole, dice en el prefacio á sus *Lecciones y modelos de literatura sagrada*: "La Iglesia engendraba filósofos, como engendraba mártires. Basta citar los nombres de los Clementes de Alejandría, de los Cirilos, Juan Crisóstomos, Orígenes &c."

El mismo autor, hablando de las persecuciones contra la Iglesia, dice en otra parte: "Desde Neron hasta Constantino la persecucion no aflojó y la sangre corrió sia cesar. Los príncipes mas justos y virtuosos, cuando se trataba de los cristianos se convertian en verdugos. Trajano, Adriano, Marco-Aurelio, Severo, parecia que competian en barbarie con Neron y Domiciano."

La 1ª persecucion, ordenada por Neron, fué hácia el año 64; la 2ª bajo Domiciano, hácia el último tercio del mismo siglo; la 3ª bajo Trajano, á principios del siglo II; la 4ª en tiempo de Adriano, por el año 125 ó 127; la 5ª en el de Marco Aurelio, hácia principios del último tercio del mismo siglo II; la 6ª bajo Septimio Severo, en 201; la 7ª bajo Maximino, de 235 á 238; la 8ª mandada por Decio, de 249 á 251; la 9ª decretada por Valeriano, de 253 á 260, y la 10ª que ordenó Diocleciano y duró diez años, de 303 á 313. Estas son las persecuciones generales y que pueden llamarse oficiales; pero ántes y despues de esta larga época, hubo persecuciones locales y particulares, ya por efecto del odio de los judíos á la nueva creencia, como sucedió con san Estévan y Santiago el Mayor, martirizados ántes del edicto de Neron; ya por el odio y la supersticion del paganismo que despues de caido y espirante arrojaba aquí y allá repentinas llamaradas que alcanzaban á los fieles. En tiempo de Juliano los padecimientos de la Iglesia fueron grandes y no pocos los mártires.

En cuanto á las catacumbas, muchos autores las han descrito, y es digna de recomendacion la pintura que de ellas hace el Cardenal Wisseman en su *Fabiola*. Para apoyar lo que hemos dicho en el texto, bastará trascribir lo siguiente de la *Historia universal* de Cantú: "Son, pues, cuevas subterráneas, sin más adorno que los nichos abiertos en los costados, en muchos órdenes como en los palomares, y que de vez en cuando conducen á cámaras adornadas de estucos, y á capillas y celditas en donde se celebraban los sagrados misterios. Orígenes, Minucio Félix, Clemente Alejandrino, Arnobio y Lactancio, respondian á los paganos que preguntaban en dónde estaban los templos y los altares de los cristianos, que solamente eran agradables á Dios los que se erigian en los corazones. Pero de tales respuestas materiales no puede deducirse que no los tuviesen; solamente querian manifestar aquellos el aborrecimiento á las supersticiones gentílicas, y las Catacumbas son un testimonio de que tuvo el cristianismo desde sus primeros instantes iglesias y altares. Las Catacumbas eran el único templo que los cristianos podian construir, como si el arte hubiese debido,

para regenerarse, recorrer el estadio de su infancia, cuando se ejercitó en las grutas ántes de salir á cielo descubierta. Después que no fué necesario ocultarse en ellas, fueron veneradas como teatros de aquellas escenas devotas, en las cuales en conmemoracion de los difuntos, se preparaban los fieles á seguirlos, y al morir los devotos solicitaban dormir al lado de aquellos santos para participar de su intercesion. Así, pues, fueron frecuentadas hasta el siglo XII, después del cual solo se visitaba aquella á la cual se entra por la iglesia de san Sebastian."

(6) Pág. 7.

"El triunfo de Aureliano fué pomposo como ninguno. Iban á la cabeza veinte elefantes, cuatro tigres, y además doscientas fieras de las más raras y curiosas de Oriente y Mediodía; después seguían mil seiscientos gladiadores destinados al anfiteatro; y á continuación iban los tesoros del Asia y de la reina de Palmira, dispuestos en vistosa confusion, y en una infinidad de carros, banderas militares, yelmos, escudos y corazas. Los embajadores de las regiones más remotas, etíopes, árabes, persas, bactrianos, indios y chinos, llamaban la atención, tanto por su extraña fisonomía, cuanto por la riqueza y singularidad de su traje. Los productos de todas las comarcas y las coronas de oro que las ciudades le habían ofrecido en señal de agradecimiento, atestiguaban la obediencia y adhesión del mundo hacia aquella Roma que estaba al borde del sepulcro. Marchaban detrás largas filas de Godos, Vándalos, Sármatas, Alemanes, Franceses, Galos, Sirios y Egipcios encadenados; diez guerreras godas, cogidas con las armas en la mano y que se titulaban nación de las Amazonas; el emperador Tétrico y la reina Zenobia, aquel con los gregüescos al estilo de los Galos, la túnica amarilla y manto de púrpura, acompañado de su hijo y de los cortesanos de las Galias; la reina de Oriente cubierta de joyas y con cadenas de oro en las manos y el cuello, sostenidas por esclavas persas; y en pos de ella el magnífico carro que había preparado para cuando debiese subir triunfante al Capitolio, y otros dos, no menos lujosos, uno de Odenato y otro del rey de Persia. En el cuarto iba Aureliano, tirado por cuatro ciervos [rengíferos], arrebatados á un rey godo; cerrando la comitiva que se adelantaba en medio de vivas y aclamaciones, los senadores y los más ilustres ciudadanos. Juegos del circo, representaciones escénicas, luchas de gladiadores y de fieras, y combates navales, coronaron é hicieron memorable aquella solemnidad." (*C. Cantú*).

(7) Pág. 8.

....Del maldito
Rencor, de la mentira y su gemela
La calumnia infernal, ya no retumba
El eco vil en la ciudad famosa.

La persecucion de la palabra precedia ó iba junto con la persecucion del acero y de las hogueras: se escarnecia á los cristianos de cuanta manera se podia en el furor del odio y la venganza; eran tratados de malvados, de cínicos, de infames &a; y se les atribuian hechos crueles, bárbaros y nefandos en las reuniones clandestinas á que se veian forzados por la misma persecucion. Tácito, al referir los atroces tormentos á que los condenó Neron, que los hacia encender en sus jardines á que sirvieran de antorchas en las fiestas circenses, los trata de *odiados malhechores* y de *enemigos del género humano*.

En los tiempos modernos, en que ha resucitado el odio contra el cristianismo, menudean tambien las calumnias y los ultrajes. Voltaire, el repugnante sátiro de la filosofía antireligiosa de nuestros dias, llamaba á Jesucristo *el infame*; y sus discípulos, ya que no se le igualan en talento, se empeñan en igualársele en audacia é insolencia, y aun le vencen.

(8) Pág. 8.

Tu séquito ¡qué inmensa muchedumbre
De miserable gente!...&a.

Un Papa, á quien un tirano le ordenó que le entregase los bienes de la Iglesia, le presentó una multitud de pobres, ancianos, huérfanos y enfermos, diciéndole: *Estos son nuestros tesoros*.

La caridad, virtud que abraza todos los afectos más tiernos, generosos y heroicos del corazon humano, era desconocida del paganismo. La hospitalidad no fué antiguamente sino el débil reflejo de una de las facces de la caridad, y su expresion típica se halla en la fábula de Filemon y Baucis. A lo más, fuera de la hospitalidad, veíase la limosna, aunque tal vez solo aconsejada por los filósofos. Focílides decia: "Rico, tiende tu mano á los pobres, y da al indigente la parte que le toca de los bienes que Dios te ha dado." Pero los enfermos no tenian hospitales, los huérfanos carecian de asilo, los ignorantes vivian sin esperanza de instruccion, si no tenian con que pagarla; los que caian heridos en la batalla, perecian por falta de una mano salvadora; los que eran esclavizados, morian en sus cadenas, pues no hallaban quien los redimiese; los que lanzaban una injuria, no podian esperar perdon, porque la venganza era *cosa dulcísima á los corazones nobles*, era el *placer de los dioses*, segun lo asevera Homero. La caridad enseñada

por el Hijo de Dios y difundida en el mundo por sus discípulos, fué el principal elemento con que triunfó el cristianismo, y por tanto es el fundamento de la civilización moderna. Bien pueden las ciencias hacer prodigios; bien pueden las artes y la industria elevarse á grande altura; bien puede la inteligencia ostentar todo su poder y brillar más que cien soles; sin caridad la civilización es una mentira. La verdadera civilización no consiste, pues, en el mayor desenvolvimiento posible de las facultades mentales, sino en la mayor perfección posible de los buenos afectos, en la recta dirección de las inclinaciones del espíritu: en el sentimiento y en la práctica de la caridad cristiana.

[9] Pág. 9.

Allí los que la triste
Escarcha de los años abrumara,
Para quienes apoyo siempre fuiste
Y viva luz que el porvenir aclara.

"Numerosas son las causas de nuestros dolores. La autoridad puede perseguirnos y la mentira calumniarnos. Los lazos de una sociedad facticia nos ofenden. El destino nos hiere en lo que mas queremos. La vejez avanza hácia nosotros; época sombría y solemne, en la cual los objetos se oscurecen y parecen alejarse, y yo no sé qué frío y tótrico se exparee por todo lo que nos rodea. Entónces buscamos consuelos por todas partes, y casi todos ellos son religiosos.

"Cuando el mundo nos abandona, formamos alianzas fuera del mundo. Cuando los hombres nos persiguen, nos creamos un recurso lejos de los hombres. Cuando vemos desvanecerse nuestras más caras ilusiones, la justicia, la libertad, la patria, nos lisonjamos de que existe en alguna parte un SER que se agrada de que hubiésemos sido fieles, á pesar de nuestro siglo, á la justicia, la libertad y la patria. Cuando echamos ménos un objeto amado, tendemos un puente sobre el abismo y le atravesamos con el pensamiento. En fin, cuando se nos escapa la vida, nos lanzamos hácia otra vida. Así la religion es la fiel compañera, la ingeniosa é infatigable amiga del infortunio. El que mira como errores todas estas esperanzas, debería, á mi juicio, ser conmovido mas profundamente que ningun otro, por este concurso universal de todos los seres que padecen, por estas exigencias del dolor que de todos los puntos de la tierra se elevan al cielo. Frecuentemente me he admirado y aterrorizado al leer el famoso *Sistema de la Naturaleza* *.

* Obra execrable del Barou de Holbach, y una de las que mas han contribuido á pervertir la inteligencia y el corazón humano. Un escritor francés la llama *el evangelio del ateísmo y del materialismo*.

Esa tenaz animosidad de un viejo por cerrar ante sí todo porvenir; esa inexplicable sed, de destrucción, ese entusiasmo contra una idea dulce y consoladora, me parecen un extravagante delirio." (*Benjamin Constand*).

(10) Pág. 10. Y el portento que vieron
De la idólatra Azot los torpes hijos.

En la ciudad de Azot estaba el templo de Dagon, ídolo que cayó despedazado delante del Area del testamento. Véase el *Libro 1º de los Reyes*, cap. IV y V.

(11) Pág. 10. En las desiertas silenciosas naves.

Plinio el Joven, en su conocida carta á Trajano que comienza: "Solemne est mihi, Domini, &a." y que fué escrita poco mas ó ménos hácia el año 103, se queja de lo desierto que estaban los templos de los dioses y de que no se vendia la carne de las víctimas, todo á causa de los cristianos que se multiplicaban prodigiosamente, no solo en las ciudades, sino tambien en las aldeas y los campos. *Ep. XCVII. Lib. X.*

[12] Pág. 11. El que á la hija de Rómulo gloriosa &a.

Los bárbaros que invadieron Roma abrazaban el cristianismo en el lugar sojuzgado, ó bien eran invadidos á su vez, digámoslo así, por los propagadores del Evangelio en sus mismos incultos y salvajes países.

(13) Pág. 12. Ya del torvo Irminsul el bosque es templo &.

Teutates é Irminsul eran las principales divinidades de los galos y germanos; los invocaban en sus guerras y les sacrificaban los prisioneros en medio de ceremonias misteriosas y sombrías. Sus sacerdotes eran los druidas.

(14) Pág. 12. Con él penetra en la profunda cima
Donde duermen los siglos que pasaron,
Y el oscuro secreto desentraña
De la suerte del hombre lastimosa.

La filosofía anticatólica combate la Biblia y los Evangelios, y al combatirlos quita todo fundamento racional á la historia del género humano, inventando, para subsanar tanafia falta, unas cuantas teorías á cual más absurdas sobre la creacion, el origen del hombre &c. Muchos sabios y en todos tiempos han defendido victoriosamente la causa de Dios y la humanidad, y las ciencias mismas han venido en su apoyo, confirmando con sus descubrimientos la relacion de Moises y las palabras de los profetas. En las breves notas que vamos escribiendo, apenas cabe apuntar las opiniones y razonamientos de unos pocos grandes escritores. Chateaubriand ha dicho en el *Genio del Cristianismo*, al tratar de la Redencion: "Se ve desde luego surgir de este misterio la doctrina del pecado original, que explica cuanto es el hombre. Si no admitimos esta verdad, conocida por la tradicion de todos los pueblos, nos veremos cubiertos de una noche impenetrable; porque sin esta primera mancha, ¿cómo podríamos dar una razon suficiente de la inclinacion viciosa de nuestra naturaleza, combatida siempre por una secreta voz que nos dice haber sido formados para la virtud? ¿Cómo podríamos explicar la aptitud que tiene el hombre para el dolor? ¿Cómo aquellos sudores que fertilizan un surco terrible? ¿De qué modo las lágrimas, los disgustos y las desdichas del justo? ¿De qué manera los triunfos y los delitos del malvado? ¿Y cómo, en fin, se podrá explicar todo esto sin admitir una caida primitiva? A causa de no haber conocido esta degeneracion, los filósofos de la antigüedad incurrieron en tan grandes errores, é inventaron el dogma de la reminiscencia. ¡Ah! para convencernos de la verdad fatal de donde nace el misterio que nos rescata, no necesitamos más pruebas que aquella maldicion pronunciada contra Eva, que cada dia se cumple á nuestra vista. ¿Qué nos dicen esos dolores agudísimos del parto, al mismo tiempo que esa dicha de la maternidad! ¿Qué misteriosos anuncios del hombre y de su doble destino predicho al mismo tiempo por el dolor y la alegría de la mujer que le da á luz! ¿Podríamos engañarnos respecto de los designios del Altísimo, cuando descubrimos de un modo tan claro los dos grandes fines del hombre en el parto de su madre, ni ménos dejar de reconocer á un Dios hasta en una maldicion?"

M. Guizot en sus *Meditaciones sobre la esencia de la religion cristiana*, hablando del origen del mundo y del hombre, de su destino &c. dice: "Estos problemas soberanos no son para el hombre cuestiones de ciencia, sino de vida." Y luego desenvolviendo un pensamiento igual al del autor del *Genio del Cristianismo*, añade: "¿De dónde vienen el mundo y el hom-

bre en medio del mundo? ¿Cómo han comenzado? ¿A dónde van? ¿Cuáles son su origen y su fin? Si hay leyes que los gobiernan, ¿hay un legislador? Bajo el imperio de estas leyes el hombre se siente y se llama libre; ¿lo es realmente? ¿Cómo se concilia su libertad con las leyes que á él y al mundo los gobiernan? ¿Es un instrumento fatal ó un agente responsable? ¿Cuáles son sus lazos y relaciones con el legislador del mundo? El mundo y el hombre mismo presentan un extraño y doloroso espectáculo. El bien y el mal, moral y material; el orden y el desorden; la alegría y el dolor, están en ellos mezclados íntimamente y en constante lucha. ¿De dónde provienen esta mezcla y este combate? ¿Son el bien ó el mal la condicion y la ley del hombre y del mundo? Si es el bien ¿cómo está el mal con ellos? ¿Por qué el padecimiento y la muerte? ¿Por qué el desorden moral, la desgracia tan frecuente de los buenos y la felicidad tan repugnante de los malos? ¿Este es el estado normal y definitivo del hombre y del mundo?

”Estos son los problemas naturales; ya oscuramente presentidos, ya claramente poseidos que, en todo tiempo, entre todos los pueblos, bajo todas las formas y grados de civilizacion, por instinto ó por reflexion, han surgido y se levantan todavía en el alma humana.....

.....

”Léjos de estar en contradiccion [el dogma del pecado original] bien con la historia de la humanidad, bien con los hechos y los instintos que constituyen la naturaleza moral del hombre, este dogma los admite, los aclara y explica. El suceso del pecado original nada tiene extraño ni oscuro; estriba esencialmente en la desobediencia á la voluntad de Dios, que es la ley moral del hombre. Esta desobediencia (el pecado de Adán) es un acto que se comete por todas partes y todos los dias, por las mismas causas, con los mismos caracteres y las mismas consecuencias que le atribuye el dogma cristiano. Hoy dia, como en el Eden, ese acto tiene por causa la sed de absoluta independencia, la ambicion de la curiosidad y del orgullo, la debilidad delante de la tentacion. Hoy dia, como en el Eden, produce en el estado íntimo del hombre un cambio inmenso, un cambio cuya sola idea asalta y turba profundamente el alma humana; pues hace pasar al hombre del estado de inocencia al de pecado. Hoy dia, como en el Eden, el acto que produce este cambio induce y entraña la responsabilidad, no solo de su autor, más tambien de sus descendientes; el pecado es contagioso en el tiempo como en el espacio, y se trasmite así como se difunde. El dogma cristiano muestra al primer creado falible, aunque nacido inocente; inocente á la edad de hombre, en la plenitud de sus facultades, extraño á toda mala y fatal herencia. Repentinamente y por primera vez, con su propia voluntad, el hombre desobedece á Dios; y este es el pecado original, el mismo, por su naturaleza, que el pecado actual, porque el uno y el otro consisten en la desobediencia á la ley

de Dios; pero en fecha, en la historia de la libertad del género humano, el primero es la fuente humana del mal, para el cual la religion cristiana, al mismo tiempo que le señala, presenta al hombre el remedio y la salud."

(15) Pág. 13. Por eso, oh Iglesia, de las artes bellas
Eres fiel protectora &a.

M. de Chateaubriand, despues de tratar extensamente sobre la benéfica y activa influencia del cristianismo en la poesía, dice en su ya citada obra: "Como hermanas de la poesía, serán ahora las bellas artes el objeto de nuestro estudio. Siguiendo siempre los pasos de la religion cristiana, la reconocieron por su madre desde el momento que se presentó en el mundo. Ofreciéronla sus encantos humanos, y ella les dió su divinidad: la música puso en nota sus cantos; la pintura la representó en sus dolorosos triunfos; la escultura se complació en meditar con ella sobre los sepuleros, y la arquitectura edificó templos tan sublimes y melancólicos como su pensamiento."

Sentimos no poder trasladar en esta nota todo lo que, hablando de las bellas artes favorecidas por nuestra religion, trae el autor del *Genio del Cristianismo* en el libro 1º de la 3ª parte de esta obra; pero recomendamos su lectura á los que quieran ver ilustrados nuestros versos con la opinion, acerca de la materia que tratan, de uno de los mas insignes escritores modernos.

Mas á propósito de los versos con que termina el trozo de la poesía que anotamos, no debemos dejar de recordar que á los monjes de la edad media se debe la conservacion de la literatura griega y latina, y que fueron sacerdotes ca'ólicos los que formaron la gran biblioteca de Constantinopla y el museo en que se conservaron las obras maestras de las artes del tiempo del paganismo. En nuestros dias basta echar una mirada á Roma para convencerse de la proteccion de la Iglesia á las artes en todas las épocas y bajo todas sus formas.

(16) Pág. 15. Desde el hircano mar al mar de Atlante,
Desde el Nilo fecundo
A las cimbrias ondas.

Mar hircano, hoy mar Caspio.

Cimbrias ondas. El mar del Norte, ántes *Mar de Germania*, y el Mar Báltico, llamado por los antiguos *Océano Sarmático*, forman la península de Jutlandia, que los romanos llama-

maron *Quersoneso cimbriico*. Hoy hace parte del reino de Dinamarca. El cristianismo se introdujo en estos países á principios del siglo IX.

(17) Pág. 15. Al industrioso chino
Y al sabio hijo de Brahma
Alcanzaron las ondas de tu cielo, &c.

Se atribuye á santo Tomas la primera introduccion del cristianismo en la India y la China; pero el sabio Rémusat, fundándose en una inscripcion hallada en Si-'an-fou, asegura que lo llevó al imperio celeste, hácia el año 635, un sacerdote de Roma ó de Judea, á quien los chinos llamaban O-lo-pen, y que el célebre emperador Thaï-tsoung favoreció su propagacion en sus dominios. Con todo, Arnobio el antiguo, que escribió en favor del cristianismo á principios del siglo IV, y que cita el mismo Rémusat, asevera que en su tiempo la fe de la Iglesia era conocida y profesada por los chinos. Quizá pudiera coordinarse la tradicion acerca de santo Tomas con el dicho de Arnobio, puesto que las semillas evangélicas esparcidas por el apóstol pudieron haber estado fructificando hasta la época de este escritor. En más de dos siglos pudo haber habido causas que produjesen la decadencia del nuevo culto, y á resucitarle y darle vigor iria O-lo-pen á principios del siglo VI.

En el XVI las misiones, á par de las conquistas, tomaron nuevo y admirable vigor. Cual más cual ménos, todas las órdenes monásticas tomaron parte en la ardua y divina tarea de atraer á la creencia católica á infinidad de pueblos de todos los cuatro vientos de la tierra; pero los que entre todos los misioneros sobresalen y llenan, por decirlo así, el mundo con sus empresas evangélicas, son los jesuitas. San Francisco Javier es el héroe principal de la fe en Oriente; su vida es una cadena de hechos que no se pudieran comprender, si no se supiera cómo prepara Dios algunos corazones para el ardiente celo por la gloria de su nombre, y para la caridad heroica salvadora de la humanidad.

Hablando de las misiones de esa época ha escrito el historiador Cantú estas palabras: "Salieron, pues, nuevos brazos de aquel gran rio cuyo origen está en Roma, y uno bajó al Oriente, regando á Constantinopla, la Siria, la América desde la bahía de Hudson, invadiendo el Canadá, la Luisiana, la California, las Antillas, la Guayana y el Paraguay; otro brazo regará las dos penínsulas índicas, hasta Manila y las islas Filipinas, y el último irá á restaurar los viejos troncos de la civilizaciou en la China, el Tonkin y el Japon."

El sabio hijo de Brahma.

Este es el dios principal de los indios, á quien dan tambien otros nombres, segun sus atributos. La civilizacion entre los indios data de remotos siglos. Su literatura compite con la griega y la latina, y no fué conocida en Europa hasta fines del siglo pasado, en que los ingleses, especialmente M. Jones, comenzaron á estudiar el *sanscrito*, lengua sagrada y ya muerta de aquella nacion. Este estudio, hoy bastante difundido entre los sabios de Europa, ha venido á hacer importantes revelaciones á la historia y las ciencias morales.

(18) Pág. 17. Y surgió multiforme la herejia.
Y la impiedad nació....

En tiempo de los apóstoles aparecieron los heresiarcas Simon el Mago, Cerinto y Ebion. Al primero se le opuso san Pedro, y contra los segundos escribió san Juan su Evangelio. Marcion, Basíldes y otros propagaron sus errores en el siglo II. En el III y principios del IV aparecieron los de Sabelio Manés y Novaciano; pero la herejía de Arrio, entre las de aquel tiempo, fué la que tomó mayor vuelo, hizo mayores daños á la Iglesia y duró mas largo tiempo. (Hasta mediados del siglo VII).

(19) Pág. 18. Visten á veces monacal cogulla &c.

Largo sería enumerar las alusiones que contiene este trozo; más el lector ilustrado podrá hacer fácilmente las aplicaciones recordando al padre Lutero y otros hasta el padre Jacinto; á Voltaire y sus secuaces del siglo pasado, hasta sus raquíticos imitadores del presente; á los Julianos, los Enrique octavos, y esa multitud de príncipes de hoy en dia que sufren el látigo de la revolucion sin poder decir que no lo merecen, pues en vez de buscar el apoyo de sus gobiernos en la justicia y la moral, las ultrajan por sí mismos ó no tienen valor para defenderlas, y ni siquiera se acuerdan que la única fuente de ellas es la religion; á las sociedades secretas esparcidas en todo el mundo, verdaderos laboratorios de iniquidad; á la imprenta, en fin, de la cual tanto se abusa, y que ha llegado á ser arma funestísima en manos de la impiedad.

(20) Pág. 19. Va donde iba otro tiempo.

Todo se materializa en el dia; el racionalismo que tanto

va cundiendo, no es otra cosa que la deificación de la naturaleza humana despojada del espíritu. Por poco que se medite sobre la tendencia de las ideas revolucionarias modernas, se horroriza uno al entrever el abismo que preparan á la humanidad. Los pensadores mas sesudos comprenden la extension é intensidad del mal, y hay muchos que lo combaten; pero por desgracia sucede con él lo que con aquellas úlceras cancerosas que resisten á todo medicamento y se reproducen á despecho del escalpelo. Las condiciones actuales de la sociedad son mucho más desfavorables á una reaccion moral, que las de los tiempos anteriores al cristianismo. ¡Ah! cuán grande es la diferencia! Entónces habia tinieblas, y la luz de la razon no bastaba para disiparlas; hoy dia hay luz divina, y se cierra los ojos para no verla. Entónces venia el daño de una fuente que se remontaba á los orígenes del mundo; hoy se lo busca. En la actualidad tiene, pues, la voluntad mayor parte en la depravacion del corazon que la que tuvo en otros tiempos, porque la cultiva, si así puede decirse, con desprecio de la gracia.

"Cuando el espíritu inmundo ha salido de algun hombre, anda por lugares áridos, buscando hacer asiento, sin que lo consiga. Entónces dice: Tornaréme á mi casa, de donde he salido. Y volviendo á ella la encuentra desocupada, bien barrida y alhajada. Con eso va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí: con que viene á ser el postrer estado de aquel hombre mas lastimoso que el primero" *.

¿No trata la sociedad moderna de asemejarse á ese hombre pintado por Jesucristo! Antes de su venida un demonio habíase apoderado de ella. Jesus lo expulsó; pero la sociedad ingrata reniega de la obra del Hijo de Dios, se muestra mal avenida con su propia regeneracion y salvacion, y abre sus entrañas para que una legion de espíritus inmundos penetre en ellas. Y entónces ¿no vendrá á ser su postrer estado peor que el primero?

Hablando de San-Simon, Fourier y Robert Owen, famosos envenenadores de la sociedad, M. Luis Reybaud, que á vueltas de la indulgencia con que trata á esos y otros malhechores en una de sus obras **, tiene tambien ideas que no están en armonía con la santa austeridad de la moral cristiana, ha condenado sinembargo las malas doctrinas. Ha tenido miedo de romper la copa que contiene la ponzoña; mas conoce lo dañoso y letal de esta, la analiza y enseña al público para que la tema. Entre varios trozos recomendables, hallamos el siguiente:

"Hasta aquí la represion de los malos instintos y la lucha contra las pasiones sensuales habian constituido uno de los más bellos títulos del hombre y uno de los más nobles empleos de su voluntad. En esta victoria sobre sí mismo, en este obrar de su razon sobre sus inclinaciones, se veia el verdadero signo de

* San Mateo. Cap. XII. vv. 43, 44 y 45.

** Estudios sobre los reformadores modernos.

su grandeza, el brillante testimonio de su origen. Obedecer á los instintos naturales, era destino del bruto; domarlos, era prenda del hombre. Que el cristianismo haya llevado muy lójos este combate; que haya cambiado la abnegacion en ascetismo, no se podria negar: pero esta exageracion encontraba su correctivo en nuestros propios instintos, y no exponia la humanidad á la decadencia. Romper el equilibrio en el otro sentido, proclamar la legitimidad absoluta é ilimitada de las pasiones, declarar que su satisfaccion completa bajo todos aspectos y en todas las cosas, llegaria á ser desde hoy la ley del universo, ¿no seria, por el contrario, abrir la puerta á todos los desarreglos, á todos los excesos; despojar la vida de su ideal y destrouar el espíritu para coronar la materia?

"Esto, sinembargo, es lo que han hecho nuestros tres reformadores, lo que han dicho y enseñado en términos casi idénticos, y como si se hubiesen puesto de acuerdo. Han despreciado cuanto nuestra moral glorifica, y han absuelto cuanto ella condena. Juzgan que dominarse es una locura, y abstenerse una puerilidad. La facultad de domar nuestros instintos que sentimos en nosotros mismos, de la cual tenemos conciencia, y que con tan puros gozos paga nuestros esfuerzos; el contento que acompaña un triunfo obtenido sobre nuestras flaquezas; esos combates interiores en que el ángel abate al demonio: todo esto para ellos no es otra cosa que una preocupacion, una ilusion, el fruto de imaginaciones enfermas. Ceder á la naturaleza, abandonarse á las provocaciones de los sentidos, gozar de todo sin medida y sin reserva, he ahí la virtud. Pase, sinembargo, sino se tratara más que de un capricho epicúreo; pero se ha querido hacer una filosofía, un sistema, una predicacion. La ley que gobernaba la isla de Circe ha encontrado comentadores y apóstoles. Uno de ellos la eleva á la altura de un principio religioso; el otro la convierte en un resorte social y el tercero en un agente esencial de nuestros destinos. Los papeles están cambiados: de hoy en adelante el cuerpo será el señor y el alma la esclava. O bien, el alma y el cuerpo serán libres, y cada uno en su esfera podrá recorrer impunemente y con legítimo derecho el círculo entero de sus caprichos. Los tiempos de la privacion y sujecion han pasado; hasta la misma distincion del bien y del mal es una sutileza superflua, rancia, funesta; ya no hay que escoger entre las pasiones, y es mejor obedecer á todas.

"Fácilmente se adivina cuánto esta fácil moral amenaza dañar la economía actual de nuestras sociedades. Los reformadores se inquietan poco de desorganizar el mundo antiguo, porque tienen uno nuevo que ofrecernos; pero á los hombres que todavía no están convencidos de la eficacia del remedio, toca impedir que impere y se agrave el mal. ¿A dónde iriamos, ¡gran Dios! si arrebatándonos hasta el sentimiento de nuestras últimas virtudes, no se nos dejase sino nuestros vicios? De esta manera todo lo que hasta aquí ha obligado la estimacion de la multitud, como el honor, el heroismo, el desinterés, la pobreza no-

blemente soportala, la probidad irreprochable, el respeto de la fe jurada, la abnegacion, la consagracion á la patria y á la familia: todas aquellas cualidades que resultan de la educacion del alma, de la voluntad, de la reflexion, no serian sino sentimientos vanos, títulos sin valor, controvertibles y arbitrarios, y puerilidades indignas de alabanza! En ninguna de las sociedades que se nos forjan hay cabida para esos méritos que son el resultado de un trabajo, y frecuentemente el fruto de un largo combate. Se ofrece al hombre volverle feliz, pero con una felicidad pasiva, inerte, independiente de sus esfuerzos. Estamos fatalmente condenados á la felicidad terrena, y buscar virtudes fuera de nuestros instintos, es oponernos á nuestros destinos.

"Es de temer que nuestras sociedades, al contacto de tan singular enseñaanza, pierdan la poca vergüenza y pudor que aun les queda. Si la práctica del bien ve desvanecerse su último encanto, si el mal, sistemáticamente justificado, viene á ser un elemento necesario y respetable de la vida, creemos que la eleccion no permanecerá mucho tiempo indecisa entre los hombres. Pero á qué civilizacion puede llevarnos! Lo ignoramos. Con todo, es evidente que tales principios se infiltran, que germinan, que dan sus frutos. Se ha conducido, se ha empujado á nuestro siglo hácia la satisfaccion de sus deseos, y él se precipita con una animosidad espantosa. Se ha querido inspirarle desprecio de aquellas virtudes que fueron en otros tiempos el honor y la gala de la humanidad, y ha llegado ya á profesar, cuando ménos, indiferencia por ellas. Habiéndosele predicado el culto del utilitarismo, parece haber perdido toda nocion de la verdadera grandeza. En política, los empleos y las dignidades son objeto de un asalto continuo, en que los combatientes no hacen sino cambiar de táctica y de papel. En industria y en literatura los excesos han pasado de raya: el menosprecio de toda regla ha conducido en recto á la depravacion y al caos. La antigua moralidad ha desaparecido, y es difícil decir en dónde está la nueva. En vez de aquella sencilla y sana lógica que gobernaba, no hace mucho, las generaciones, hay ahora cátedras para todas las locuras, y auditorios para todas las monstruosidades. El vértigo ha se apoderado de las cabezas, y la duda de las almas. No se sabe lo que se ha de creer ni lo que se ha de rechazar. Se ha destrozado todo y nada se ha fundado. Podria decirse que la sociedad desierta de sí misma, se deleita en medio de ruinas y presta sus manos á su propia destruccion,"

Sombrío y desconsolador es el cuadro que nos presenta M. Reybaud, y no obstante, quien examine con cuidado las llagas de la sociedad contemporánea, habrá de confesar que nada tiene exagerado. Al contrario, pudiera retocársele con ventaja, puesto que desde el tiempo en que se escribió la obra de la que hemos tomado esas líneas, las doctrinas disolventes é infernales se han desenvuelto hasta manifestarse en hechos prácticos que han cubierto de sangre y luto algunos pueblos, ó cuando ménos han mostrado nuevas faces mucho mas monstruosas que las del sa

simoniano. Para comprobar esta tristísima verdad, hay de sobra con fijar un momento la atención en los horrores de la *Comuna*, en los desórdenes de España, en la persecución contra el catolicismo, especialmente en Alemania, en la conculcación de los derechos de la Iglesia y los ultrajes al Padre Santo, y en el ateísmo de casi todos los gobiernos.

En cuanto á las nuevas faces de la revolución moral de que hablamos, creemos que bastará apuntar lo siguiente en que se ha ocupado el periodismo europeo, y aun el americano, no hace muchos días. Bakounine, principal revolucionario ruso y que quiere se lleve la revolución hasta el último grado de *perfección*, ha dicho en una de sus recientes publicaciones:

“Nosotros comprendemos la revolución en el sentido del desencadenamiento de lo que hoy se llaman malas pasiones, y en la destrucción de lo que se considera orden público. No tememos, sino que por el contrario invocamos la anarquía, convencidos de que de esta anarquía, esto es, de la manifestación completa de la vida popular desencadenada, deben salir la libertad, la igualdad, la justicia, el nuevo orden y la fuerza misma de la revolución contra la reacción. Esta nueva vida (la revolución popular) indudablemente tardará poco en organizarse, pero vendrá creando su organización revolucionaria de abajo arriba, de la circunferencia al centro, conforme con el principio de libertad, y nunca de arriba abajo, ó del centro á la circunferencia, según el proceder de toda autoridad, que por el mero hecho de serlo poco nos importa que se llame Iglesia, monarquía, estado constitucional, república mesocrática, ó bien dictadura revolucionaria. La revolución, tal cual nosotros la entendemos, deberá desde el primer día destruir radical y completamente el Estado. De esta destrucción serán consecuencias naturales y necesarias: 1º La bancarota del mismo Estado; 2º El dejar de satisfacer las deudas ya no garantizadas por el Estado, quedando únicamente el cumplirlas al arbitrio de los deudores; 3º El no pagar tampoco más impuestos directos ni indirectos; 4º La disolución de los ejércitos, de la magistratura, de las oficinas de policía y de los curas; 5º La abolición de la justicia oficial, la suspensión de todo lo que jurídicamente se llama derecho y del ejercicio de estos derechos; en su consecuencia, abolición y auto de fe de todos los títulos de propiedad, testamentos, donaciones, escrituras de ventas, procesos y demás papejería judicial y civil; en una palabra, en todas partes y para cada caso, el derecho revolucionario sustituyendo al derecho creado y garantido por el Estado; 6º La confiscación de todos los capitales productores y de los instrumentos de trabajo, en provecho de las asociaciones de trabajadores, quienes deberán aprovecharse colectivamente de sus productos; 7º La confiscación de los bienes de la Iglesia y del Estado, como también de los metales preciosos de *los particulares* en provecho de la Alianza federal de todas las asociaciones obreras, alianza que constituye la *Comuna*.”

"Como la Lógica es inflexible, dice el periódico de donde tomamos esas líneas *, de tales premisas, ¿cuáles serán las consecuencias? cuál es para Bakounine el revolucionario completo, el ultra-tipo? Es el bandido ruso, el hombre enemigo de la sociedad hasta el punto de profesar el honroso oficio de salteador de caminos. Así lo indica, á lo ménos, en uno de sus folletos titulado *Fórmula de la cuestion revolucionaria*. "El latrocinio, dice, es una de las fórmulas más honrosas de la vida popular rusa. El bandido es el héroe, el defensor, el vengador del pueblo, el irreconciliable enemigo del Estado, el que combate á muerte contra toda civilizacion, compuesta de funcionarios, nobles y sacerdotes....El bandido en Rusia es el verdadero y único revolucionario; revolucionario sin frases ni retórica entresacadas de los libros; revolucionario infatigable, irreconciliable é irresistible en la accion; revolucionario á la vez que popular, social, y nunca político regimentado....En él solo existe la verdadera y constante conspiracion, y con él debe irse cualquiera que desée verificar una revolucion completa en el estado social del pueblo."

No faltan entre nosotros muchas personas que han adoptado el simple liberalismo, si se nos permite la expresion, el cual consiste en algunas doctrinas de apariencia inocente y justa; pero que sin embargo son gérmenes de disidencias, no dirémos de los principios católicos, sino hasta de las ideas puramente racionales; son como las primeras piedras del cimiento del edificio revolucionario. Otras personas hay, aunque pocas, que han avanzado algo más, y abrazan ya el liberalismo abiertamente antireligioso; y por último hay otras que hacen ostentacion de fria indiferencia. A nuestro ver, ninguna ha descendido al fondo de tan importante cuestion; no ha meditado en ella, no la conoce; su conciencia no estriba en otro fundamento que en la opinion volandera del periodismo insustancial, en las falsas especies de la charla de las tertulias, ó en la propia ignorancia que no quieren disipar por pereza de leer, estudiar y meditar. Todas ellas son criminales, todas son responsables, poco ó mucho, en este trastorno social, en este derrumbamiento de la verdadera y única civilizacion que ha venido levantado el cristianismo desde ahora diez y nueve siglos á costa de tantos y tan heróicos esfuerzos. A la gente de quien hablamos deberia preguntarse cómo le queda el ánimo cuando ve las atrocidades de la última revolucion francesa, hija del liberalismo, la anarquía de España y las *huelgas* amenazantes de los obreros que ya no se avienen con el trabajo honrado, frutos tambien del liberalismo; y cuando oye la predicacion de los Bakounines que abandonan en todas partes y hablan todas las lenguas como apóstoles del liberalismo llegado á su último punto de madurez. Si no se sorprende, si no se espanta, si no tiembla, es claro que

* La *Gaceta internacional* de Brusélas, N° 103, del 2 de abril de este año.

se conforma con la invasion del mal y que le parece santa cosa el progreso de las doctrinas revolucionarias que tienden á poblar la tierra de cosacos y beduinos. Si por el contrario conoce lo infernal de ellas y teme las consecuencias de su propagacion, ¿cómo sigue siendo liberal?

No somos pesimistas: hablamos con la conviccion que nos dan los hechos, y la lógica de estos es invencible. Si así no fuera, no sabemos para qué pudiera servir la historia, cuya autoridad ha sido hasta aquí venerada por todos los hombres de buena fe.

El impulso satánico está dado con tal vigor, que ya es muy difícil contener á las sociedades en su precipitado descenso. A lo ménos en lo humano no vemos remedio, pues si ántes la razon era impotente, ahora que se la hermana con la impiedad y la locura; ó en términos mas claros, ahora que á posta se la anula, ¿cómo podrá servir de resguardo, defensa y guia á la pobre humanidad? ¿Se consumará, pues, el desbarajuste y cataclismo moral del mundo? Respondan los sucesos del presente por los del porvenir.

Pero en todo caso, la verdad quedará rebalsando, cual otra Arca de Noe, sobre las ondas del inmenso mar que cubrirá las mil Sodomas en que hierve hoy la iniquidad de los liberales, de los socialistas, de los reformadores, de los revolucionarios, de todos los asesinos del órden social que con distintos nombres pertenecen á un solo bando, al bando de Satanás.

Y la Verdad es el cristianismo, y el cristianismo salvará otra vez el mundo, y rehará la civilizacion, animando con su soplo divino el abatido espíritu del hombre. Y será menester de nuevos héroes de la fe, de más sangre de mártires, de otros esfuerzos de la sabiduría, de multiplicados prodigios de caridad y abnegacion. Y será preciso que se reedifiquen los conventos para que vuelvan á tener en ellos asilo la virtud, el saber y las artes, como en la edad media. Y será indispensable que los frailes, tan menospreciados hoy por el orgullo de la impiedad, metan su breviario bajo del brazo, tomen una cruz y vayan, como siempre han ido, á buscar pueblos que traer á la civilizacion y la vida, y recibir en cambio el tormento y la muerte. Habrá necesidad de volver atras y caminar de nuevo el camino de la cruz, paso á paso y al traves de montes y de mares, desde los climas de Africa hasta el hielo de los polos; pero acaso será esa la última campaña, la última guerra y la última victoria.

(21) Pág. 20.

No de Agar el dolor cuando moria
Su Ismael en el desierto,
Ni el que sintió la Sunamiti pia
Cuando á su hijo vió muerto.

Véase el *Génesis*, cap. XXI, vv. 14-15-16; y el Libro IV de los Reyes, cap. IV vv. del 20 al 37.

(22) Pág. 21. Desde las cumbres de los canos Andes
Tiene vuelta hácia tí la jóven frente.

Todo el mundo sabe la noble y cristiana conducta de la República del Ecuador y de su Gobierno, que se han mantenido firmes en su creencia y sus principios católicos, en medio del vergonzoso encogimiento de otros pueblos y gobiernos, ó de su abierta impiedad. La historia hará justicia al Ecuador. Por lo demás, somos hijos de esta República, ¡bendito sea Dios!

(23) Pág. 24. ¿No al ciego pueblo imita
Que le arrastró al suplicio,
Y para quién perdon te demandaba?

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen."
San Lucas, cap. XXIII, v. 34.

